

EL CAJETE



Barcelona 22

Enero 1860.

SEMANARIO ENCICLOPÉDICO ILUSTRADO.

SUMARIO.—TEXTO: El Cuadro de S. Antonio, leyenda por D.^a Angela Grassi.—El limpia botas, por J. A. Ferrer Fernandez.—Reflexiones de un soltero, por Wenceslao Ayguals de Izco.—Crónica carnavalesca, por Pepito.—¡Está de Guardia! por Ferrer Fernandez.—Modas.—Teatros.—Miscelánea.—ILUSTRACION.—Artistas cuyas obras brillan muy poco tiempo, por Patuflet.

EL CUADRO DE S. ANTONIO.

LEYENDA.

—¿Porqué despiden tus ojos un brillo tan inusitado, mi querida Julia? porque están teñidas de púrpura tus mejillas y se levanta tu seno palpitante? porqué, en fin, dejas y tomas la labor con tan febril impaciencia? ¿Qué tienes? ¿qué deseas? ¿qué es lo que te agita? Lloras! ¡ah pobre corazón, ya lo adivino! Amas por la vez primera, amas con todo el ardor de los quince abríles, y darías tu existencia, por impedir la marcha del objeto á quien adoras! Tienes razon, pobre Julia, y no obstante, preciso es que empieces á ser dueña y señora de ti misma; preciso es que empieces á dominar tus pasiones, y á resignarte con los decretos de la Providencia. Si la vida humana es siempre una lucha, ¿cuanto mas no lo será para la muger, débil barquilla, entregada sin velas ni timon al embate de los vientos? ¡Ayl en vano el infeliz barquero vé á derecha é izquierda los escollos, vé delante de sí la mu-

jiente sima que debe tragarla, tiene que permanecer con los brazos cruzados, y el único consuelo que le permite la suerte es fijar sus ojos en la bóveda estrellada y murmurar una plegaria. El hombre puede luchar con el destino, hasta el insecto puede huir del insecto que le acosa, hasta la humilde florecilla, puede torcer su tallo, buscando el rayo de sol que la dá vida. Solo la muger debe permanecer impasible aguardando la muerte de su alma, y hasta le es vedado el llanto que atestigüe su amargura. ¿Qué será de ella pucs, si el ángel de la resignacion no la cobija con sus alas? ¿qué será de ella, si no aprende desde muy niña á desafiar la tempestad que ruge sobre su frente? Yo tambien como tú he sentido hervir la sangre en mis venas, yo tambien como tú me he entregado á insensatos deseos, á violentos delirios, y sin embargo ahora sé hermanar el fuego y el hielo, sé sufrir con calma los vaivenes de la suerte! Además, ¿qué sabe el hombre de su bien y de su mal? que sabe donde empieza la felicidad; donde termina la desgracia? A veces un próspero suceso es manantial de males, á veces un desdén de la fortuna es origen de desgracias. Cuantas

veces he deseado con ardor, lo que hubiera servido para labrar mi desventura. El niño llora por coger la florecilla que arrastra la corriente, y si su madre le dejase satisfacer su anhelo, hallaría su muerte en las movibles ondas. La lluvia fertiliza las plantas; la tempestad purifica la atmósfera. Dejemos á la Providencia que ordene á su placer los acontecimientos, y demos todos los días gracias á Dios, no por los bienes que nos dá, sino por aquellos que nos quita. Y si quieres un consuelo en tu amargura, acostúmbrate á comparar el mal que te sobreviene con aquel que podría sobrevenirte. Tu prometido esposo marcha á donde le llama su deber, y lloras; pero ¿no serian mas amargas tus lágrimas, si hubieses perdido su corazón, si peligrase su existencia?

Cuando yo era muy niña, mi santa madre me contaba una piadosa leyenda, para inspirarme conformidad en las penas. Aquella leyenda ha producido siempre sobre mi un benéfico influjo: óyela, y tal vez ella logre calmar tu desconsuelo.

En las amenas orillas que baña el Adda, bajo el esplendente cielo de la hermosa Lombardía, y escondida entre el follaje de un espeso bosquecillo, ocultábase hace tiempo una cabaña, risueña como los personajes que hallaban en ella abrigo. Eran estos dos esposos, dos amantes, que confundían los destellos de sus almas, como dos flores nacidas de un mismo tallo, confunden sus perfumes. Allí se ocultaba la felicidad, deshalojada de los palacios; allí la paz, la abnegación y la ternura, habían buscado un seguro asilo. Nueve años hacia que el ministro del Señor había unido al pie del altar sus amantes corazones; nueve años que la sonrisa no había desaparecido de sus labios. Se amaban, y ¿no reasume esta palabra todas las felicidades que puede gozar el hombre en este suelo? Poseían un huertecillo que les producía abundante cosecha de frutos y de flores, doce cabritas, blancas como la nieve, y una infinidad de gallinas. Con esto y su amor, ¿podían acaso envidiar á ningún monarca de la tierra? Pero aun poseían otro tesoro, mayor que estos tesoros. Un niño blanco y sonrosado, como los niños de Rafael. Era el símbolo de su amor, era el ángel guardian de su ventura, era el sol de su existencia. ¡Oh cuan felices eran por las tardes, cuando el crepúsculo esparcía por do quiera sus violáceas tintas, cuando el último rayo de sol moría sobre la cima de los árboles, cuando la naturaleza iba apagando por grados sus murmullos, cuan felices eran sentados á la puerta de su cabaña, con las manos enlazadas, presenciando los primeros juegos de su niño! Cuan puro era su júbilo por las mañanas, cuando al despertarse la creación y al entonar el himno de la alborada, los felices esposos abrian sus ojos á la luz, para contem-

plar la dulce sonrisa de la prenda de su amor. Para él, para formar su patrimonio, le plantaba el esposo, pequeños arbolillos de fruto tardío, pero seguro, para él, para su prosperidad futura, pasaba todas las noches hilando, la madre tierna y previsora. Y mientras el niño de rubios cabellos y ojos de cielo dormía en su falda, ¡cuantos risueños planes forjaba para el porvenir su ardorosa mente, cuantas plegarias dirigía en voz baja á la vírgen compasiva protectora de las madres! Y por las noches, cuando el esposo volvía de su trabajo, siempre traía alguna delicada fruta, algún pájaro, ó algún insecto de doradas alas para su hijo.

—Pensando en él pienso en tí, decía á su esposa con tiernísima dulzura.

—¿No es él, la esencia de nuestras dos almas unidas? contestaba la madre con una inefable sonrisa.

Y ámbos se acojían al casto lecho, y se dormían con los brazos enlazados, y sosteniendo sobre sus dos corazones, aquella hermosa parte de sí mismos.

¡Ay Julia, si esta no es la felicidad, á que podremos aplicar tan bello nombre? Pero los que aquí no llenan su copa de lágrimas, no tienen entrada en el paraíso! Es necesario que purifiquen su espíritu con el dolor, para que este sea admitido al banquete de los ángeles!

En Milan se declaró la peste, esa famosa peste que dió origen á *Los prometidos esposos*, bella creación de uno de los mas esclarecidos poetas Italianos.

La muerte, no satisfecha con las víctimas que hallaba en la capital, tendió hasta las aldeas sus garras espantosas. La casta esposa se halló de pronto sin la mitad de su alma, que voló sonriendo al cielo. Se halló sola, sola con su pequeño niño entre los brazos. ¡Dichosa tú, Julia, que nunca te has sentido arrancar al sér que vivía con tu mismo aliento, que palpitaba con tu propio corazón! Dichosa tú, que no has visto anublarse los ojos cuyo fulgor iluminaba las tinieblas de tu vida, que nunca has encontrado yerta la mano que sostenía la tuya!

El día en que Berta, así se llamaba la esposaa, siguió fuera de sí y con el cabello en desorden el féretro de su esposo, aquel día, hasta los espíritus elegidos lloraron con su quebranto.

Pasó el tiempo. Berta no vivía feliz; pero vivía tranquila: aun le quedaba la cándida sonrisa de su hijo! El niño fué creciendo, tenía nueve años. Su alma reflejaba el alma de su madre; pero ¡ay! que esta en su ilimitado amor, no había sabido poner coto á ninguno de sus caprichos. Era travieso, pendeñero; á veces quitaba á sus compañeros sus frutas ó sus juguetes, sin que ellos mismos lo supieran. Su madre sonreía, sonreía siempre! Era tan bello, y tenía su acento una magia tan seductora!

El niño se llamaba Antonio; Berta le había puesto este nombre, porque tenía una singular devoción á san Antonio de Padua.

Llegó la fiesta del santo. Berta fué á coger en su jardincillo las flores mas lozanas y olorosas, y adornó un cuadro de San Antonio que tenía junto á su lecho. Luego se hincó de rodillas, y le rogó por su hijo, con todo el fervor con que una madre puede hacerlo. Conmovida aun por su oracion, salió á la puerta de su casa. El pequeño Antonio, que antes estaba jugando con otros niños, se había sentado al sol, y escondía la cabeza entre sus manos. Tenía calentura. Berta no podía creer á sí misma. Había orado con tal fervor, que no acertaba á pensar que el santo hubiese desatendido su ruego.

Pero el sonrosado rostro de Antonio se iba poniendo cada vez mas livido, y fué preciso llevarlo á la cama.

Berta envió, llena de sobresalto, á buscar á un médico. Cuando el anciano entró en la estancia, meneó tristemente la cabeza.

Pasaron tres dias, tres dias espantosos para la pobre madre. Mucho había sufrido con la muerte de su esposo, y sin embargo ahora conocía que aquel no era un sufrimiento. Loca, fuera de sí, desatentada, en la noche del tercer dia, cayó de rodillas ante el cuadro de su santo protector.

—¡Oh san Antonio, exclamó con desesperacion, San Antonio, acude en mi socorro, mira que soy viuda, mira que soy sola, mira que no me queda mas que á mí hijo! Venderé mi casa, mis tierras, mis cabras, lo repartiré todo entre los pobres; venderé mis joyas y haré que construyan en tu honor una graciosa hermita! Toma mis bienes, toma mi vida, pero haz un milagro, sálvale, salva al hijo de mis entrañas!

Berta pronunció estas palabras entre lágrimas y sollozos, y la esperanza penetró en su sorazon. San Antonio siempre la había concedido las gracias que le pedia; ¿porqué había de negársela ahora, cuando era tan grande su amargura?

Levantóse de puntillas,.... se dirigió al lecho, y puso su mano en la frente de su hijo. Aquella frente que antes abrasaba estaba fria.

Berta dió un grito y cayó sin sentidos en el suelo.

La infeliz había perdido á su hijo!

Acudieron sus vecinas; pero en vano trataron de calmar su desconsuelo. Berta al recobrar la vida, al cerciorarse de su horrible desventura, presa de un extraño frenesí, corrió al cuadro del Santo y lo volvió del revés, exclamando con enojo.

—No has querido concederme lo que te pedia, y yo no quiero venerarte!

Estaba loca: estuvo ocho dias loca, revolcándose en el lecho.

Una noche se despertó. Las tinieblas que obscurecían su mente se habían disipado, y pudo medir á sangre fria toda la estension de su desdicha. Sintió una santa tristeza penetrar en su corazon, y una amarga calma sustituir á su arrebató. Entonces volvió á todas partes los ojos, y los fijó en el cuadro que había vuelto del revés. Cosa estraña! En vez de la tabla de madera vió surgir de él una horca, rodeada de sayones, y una multitud de pueblo en actitud amenazadora. Sentado en el fatal banquillo, y agarrotado, veíase á un bello jóven, odioso objeto de aquellas impresiones. Era su hijo! era su hermoso Antonio!

Berta se incorporó llena de espanto, y quiso arrojarle del lecho.

Entonces resonó en el aposento, una armonía sublime, una luz celeste invadió todos sus ángulos, y apareció á los ojos de la desolada madre un coro de bellos ángeles. También entre ellos divisó á su hijo; pero á su hijo, niño á su hijo tal cual le había sorprendido la muerte.

Entonces Berta, luchando entre el horror y la alegría, oyó una voz dulcísima, que murmuraba en sus oídos.

—Berta, tu educabas mal á tu hijo, hubiera crecido en el vicio, y le aguardaba un patíbulo ominoso. Le hubieras perdido en tus ancianos dias, y aun no te hubiera quedado el consuelo de bendecir su nombre! San Antonio oyó tus preces; San Antonio obró el milagro! Mira á tu hijo entre los ángeles, rogando por tu bien al Dios supremo! Mira á tu hijo dichoso, cual sonríe y cual te espera.

Lo que Dios hace está bien hecho, Berta; las lágrimas que ahora viertes te ahorran lágrimas de sangre en esta vida, y tal vez los eternos tormentos en la otra! Bendice á Dios por el bien que te dá, bendice á Dios por el bien que te arrebató.

La vision desapareció.

Al dia siguiente Berta se levantó tranquila y resignada. La desesperacion había huido de su alma: de vez en cuando levantaba los ojos al cielo y sonreía.

Vendió su casa, sus tierras, sus cabritas, y fundó un hospital para los pobres, bajo la advocacion de San Antonio. Ella era la directora del hospital, la hermana de la caridad de todos los míseros afligidos. Pasó su vida visitando enfermos, enjugando lágrimas, y recomendando á todos la resignacion y la paciencia, en los trabajos.

—Cuando ruja la tempestad, decia con sublime unción á los desdichados, levantad los ojos al cielo y bendecid á Dios, porque él solo sabe donde se halla el bien, donde se refugia el mal. Bendecidle en las alegrías, bendecidle en los pesares, tiernos hermanos míos, porque todo lo que él hace está bien hecho!

ÁNGELA GRASSI.



PIEM



PIALAS



PIÁ

EL LIMPIA-BOTAS.

He aquí uno de los tipos que mas han llamado mi atención por sus puntos de contacto con la historia y la política: lo mismo le sucederá al que dé ancho campo á su imaginación al sentarse en los mullidos divanes de Bernabé tendiendo el pié con una gravedad aristocrática.

Muchas veces me ha sucedido al tomar un periódico para ocuparme en algo durante la operación, tener que abandonarlo inmediatamente, por no desvanecer las ideas que semejante personaje me despierta.

Cuando se presenta á mi vista un moletudo saboyardo ú otro extranjero por el estilo, y lo contemplo desde la altura en que me hallo, humillado á mis piés como temeroso de un merecido castigo, recorro con el pensamiento la historia de mi patria y fijo la atención en su época mas floreciente.

Mi exaltada fantasía me remonta á una altura ilimitada.— Yo soy la libre, la feliz, la fuerte España, digo en mi loca enagenación; y hé aquí las demás naciones que sumisas á mis piés obedecen mi mas ligera insinuación. Todas acatan mi voluntad sin oponerse á esa fuerza moral que existe entre el talento y la ignorancia, entre la esplendidez y la miseria.

Ni la Grecia cuando dictaba leyes al mundo entero, experimentaba mas orgullo que en el que en ese instante de importancia é ideal riqueza hallase mi espíritu poseído.

Pero bien pronto la ilusión se desvanece, y aquel sueño de hermosas y doradas imágenes se trueca en la terrible realidad.

Al mas pequeño desvío del cepillo que, guiado por inexperta mano, me saluda groseramente en algun callo.... A dios felicidad y gloria de la España ¡A dios época de florecimiento y de riqueza!

Aquellas naciones que sumisas te acataban, iban traidoramente socabando tus cimientos para derribarte; tus hijos huyen despavoridos al ver su suelo invadido por legiones extranjeras, que siembran el terror por todas partes: la serpiente que maternal y cariñosamente guardabas en tu seno, se acuerda de su instinto, y te devora en un rapto de furor y desagrado.

Pero no obstante apesar del dolor que me ha causado, aun tengo las fuerzas suficientes para levantar airado el pié y dar al agresor en los hocicos el pago merecido. Entonces es cuando la España se concentra en su valor para rechazar vigorosamente las hordas invasoras: entonces es cuando demuestra á las naciones que intentan humillarla, que el dolor y la desgracia no hacen mella en su espíritu de nacionalidad é independencia y que en medio de sus mayores conflictos tiene sobrada energía para mostrar su dignidad al mundo entero.

Al terminar estas líneas lei el siguiente parte telegráfico.

EL GOBIERNO HA ENTREGADO AL REPRESENTANTE INGLÉS GIROS POR VALOR DE 49 MILLONES, REHUSANDO EL PLAZO DE TRES AÑOS QUE LE HABIA CONCEDIDO LA INGLATERRA.

Tal es el cuadro que se presenta á mi imaginación cada vez que me limpian las botas, y al salir cojeando de la tienda digo para mi casaca. • Si alguna vez me hallase en la cumbre del poder, me haria rodear de todos los limpia-botas del mundo, para que su presencia me inspirase de continuo ideas patrióticas en mis disposiciones y actos gubernativos.

J. A. FERRER FERNANDEZ.

REFLEXIONES DE UN SOLTERO.

—

Quisiera casarme,
mas no sé con quien,
pues de todas ellas
Dios me libre, amen.

—

De la mujer rica
que quisiera ser
mi reina absoluta,
y ostentar gran tren,
lanzándome en rostro
una y otra vez
su pingüe fortuna,
Dios me libre, amen.

—

De la mogigata
que en vez de coser
ó de hacer calceta,
se va á San Ginés;
y para probarnos
su cristiana fé,
reza luengas horas,
Dios me libre, amen.

—

De la casquivana
que ambiciona ser
la mas elegante
que hay en la soirée,
y en perfumes, blondas,
chaes y corsés
gasta un patrimonio,
Dios me libre, amen.

—

De la de ojos negros,
lábios de clavel,
cabellera de ángel,
sonrosada tez,
cintura de sílfide,
y acento de miel
que á todos encanta,
Dios me libre, amen.

—

De la que es horrible
como un Lucifer,
y se perifolla
por parecer bien,
y con faz de furia
la pobre mujer
presume de hermosa,
Dios me libre, amen.

—

De la que fingiendo
tierna candidez,
un corazon-omnibus
tiene para ciego,

y tose á don Pedro,
guña á don Andrés,
y por Gil suspira,
Dios me libre, amen.

El caso es que todas
me parecen bien:
rubias ó morenas,
de pulido pié...
de ojuelos azules
ó negros... ¡Pardiez!
¿Habrá matrimonio?
Dios me libre, amen.

¡Mujeres! yo os amo
con ardiente fê...
yo os contemplo siempre
con dulce placer...
yo os adoro... pero
¿tragará este pez
vuestro anzuelo, hermosas?
Dios me libre, amen.

WENCESLAO AYUALS DE IZCO.

Crónica carnavalesca.

En esta sección daremos cabida á todos los sucesos que lleguen á nuestra noticia ó presenciemos en los bailes de máscaras

INTRODUCCION.

¡Buenas noches!

Como hemos dado en la manía de dormir mientras Febo ilumina nuestra hermosa ciudad, no es extraño que tal sea mi salutación.

Durante la presente temporada nadie sabe donde se halla lo que antes de ella tanto se aprecia.

La cabeza de ellos y ellas está vacía; desde luego.... puede deducirse que en los bailes de máscara nadie está en su estado normal.

Las mujeres son una escepcion de la regla. Con la cara tapada son tal cual Dios las ha hecho.

Es la única época que no engañan respecto á sus gustos é inclinaciones.

En cuanto á no decir lo que piensan es costumbre en ellas, y ni sin el pedazo de seda que les cubre el rostro, ni con él pueden hablar con verdad.

De lo cual puede deducirse que una mujer y un periódico guardan entre sí cierta semejanza.

Uno y otra dicen lo que les conviene.

En cuanto al sexo feo pierde su acostumbrada flema en los bailes de máscaras, y allí se vé uno de esos solterones, cuya formalidad es proverbial dar un apretón de mano á una antigua fregatriz que pocos años ha habia sido despedida por él mismo.

El que no ha sentido jamás amor, el que nunca le ha palpitado el corazón al contacto de una blanca, fina y diminuta mano, lo siente latir con violencia al cojer la de un adefesio que le ilusiona al tapar su renombrada fealdad.

He aquí lo que se saca de esta clase de diversiones. Cada chasco que vale un misterio.

Cuando esté de mejor humor y con menos pereza, me atrevo á contaros alguna anécdota que os arrancará una ma-

liciosa sonrisa y que tal vez habreis presenciado, pues es muy posible ser testigo de ella!

Lo que no puedo concebir es en que consiste la gran diversion que se encuentra en un baile de máscaras.

Preguntad á uno de los concurrentes.

—¿Te divertistes?

Y de seguro os contestará. Mucho!!! y para pronunciar esta palabra abrirá su boca á guisa de puerta-cochera. Y si os cuenta lo que hizo, todo se habrá reducido á pasear por el salón una ó dos horas cojido del brazo de una *cantinera*, á haberle levantado la seda que le cubria la boca, á haber gastado un par de duros en el café y el haber sido citado por ella á la misa que se celebra á las doce en tal ó cual iglesia, y en haberse hallado al día siguiente con una mujer mas fea que la oscuridad de la noche.

Otro ha pasado el tiempo cansándose en ir de acá para allá, diciendo á cada máscara: — Adios, pimpollo. — Hermosa! — y otros piropos por el estilo....

Aquel se va al *restaurant*, pasa tres ó cuatro horas, gasta tres ó cuatro cientos reales, se apodera de una *turca* sin máscara ni cuerpo, y se marcha á su casa á imitacion de la culebra que corre haciendo mil líneas curvirectas: duerme y he aquí todo su afán, toda su alegría.

Otro se sienta en una silla, duerme, pasa todo el tiempo que dura la diversion cual si estuviera en la cama, y tambien ha disfrutado mucho. Es mas fácil que sea verdad, pues podía soñar.... en mil cosas gratas y placenteras.

Ved á Mariano rodeado de unas cuantas aldeanas que relatan hasta sus mas ínfimos pensamientos; que dan á conocer al público las menores acciones de su vida. Patea, se impacienta, su cara tiene muchos puntos de contacto con el camaleon, pues de la palidez pasa al mas subido color de grana, de este al amoratado y á cada nuevo secreto que es revelado se muda el color de su rostro....

Vaya una diversion!...

A todos sucede lo propio, y todos os vendrán con la pata de gallo que no hallan mayor aliciente que esta clase de entretenimientos.

Bien dijo, no se quien, que era una verdadera casa de orates; pero yo me tengo para mí que para el bello sexo, no es mas que la casa donde pierden el natural temor de la sociedad.

Dios me dé muchos años de vida para asistir todas las noches donde encuentre los rostros negros, blancos, verdes y azules que me encantan.... y me hacen cantar la palinodia.

PEPITO.

ESTÁ DE GUARDIA!

LEYENDA FANTASTICA.

I.

Era una noche serena...

La luna hermosa brillaba...

Era una noche de baile

y estaba D. Luis de guardia.

Su esposa doña Consuelo

como buena militar,

tambien siguiendo el servicio,

se fué de ronda á las máscaras.

D. Luis contra su costumbre

y faltando á la ordenanza,

dejó por un rato el cuerpo

para buscar á su alma.

Era mas de media noche.

Oh, si: mas... la madrugada.

Llama D. Luis á la puerta.

—¿Quien es?—Yo: abre Tomasa.

—¡Ave Maria Purísima!
la chica exclama asustada,
y despues de abrir añade:
—La señora no está en casa,
—¿Como, nó?—Que nó, señor,
—Pues en donde?—Está de guardia!
—Tomasita!—Señor no es cuento
que así me lo ha dicho el ama,
y en el Liceo se encuentra
de piquete—¡Oh Dios! venganza!
Corro de un salto al Liceo
y mato á todas las máscaras;
mi honor exige que tome
venganza de las mas caras!
Se ocultó en esto la luna
detrás de una nube parda,
y D. Luis iba corriendo...
corriendo como un fantasma.

II.

Ya las máscaras salian
encubiertas y embozadas,
y tambien doña Consuelo
se dirijia á su casa
dando el brazo muy tranquila
á un moro de buena estampa.
De pronto llega corriendo
un hombre, sombra ó fantasma,
y brilló tambien la luna
libre de la nube parda.
—Perjura! ingrata mujer!
el recien llegado exclama.
Hizo alto la Consuelo:
tocó el moro retirada,
pues vió otros en la costa
con charreteras y espada.
—Luis, que es eso?—Y lo preguntas
cuando abandonas la casa?..
—Nada tiene esto de extraño
pues tú abandonas la guardia.
—Has faltado á tus deberes.
—Tú has faltado á la ordenanza.
—Y tú mi honor has expuesto...
—Y tú has expuesto á la patria...
—Voy á dar parte á la Curia...
—Y yo á la Comandancia...
—Y te encierran para siempre.
—Y te tiran cuatro balas.

Y el marido y la mujer
despues por fin se separan
él repitiendo—¡la Curia!...
y ella—¡la Comandancia!...

III.

Iba pasando la noche...
La luna hermosa brillaba...
D. Consuelo dormia...
D. Luis estaba de guardia...

J. A. FERRER FERNANDEZ.

Modas.—*Traje de baile.*—Vestido de glasé color de boton de oro, tul de este mismo color y tul blanco.

Falda ó viso de glasé y sobre él otra falda de tul blanco adornada con quince volantes de tul tambien, uno blanco y otro color de oro, alternados, terminando por ambas orillas con uno del último color.

Cuerpo escotado, de talle redondo, adornado de una berta de tul de Lion que forma punta en la espalda y baja redondeándose en el pecho: esta vá cubierta de volantitos fruncidos, uno blanco y otro color de oro, semejantes á los dos que guarnecen la *manga corta*.

Cinturon muy ancho de tul blanco, recogido y anudado á un lado en forma de escarapela, de la cual descenden dos puntas redondas guarnecidas de un volante blanco entre dos de oro.

Peinado compuesto de dos grupos muy prolongados de sortijillas, entre las que se colocan florecitas sueltas de las llamadas *botones de oro*, y rodete muy bajo por detrás.

Traje de pasco.—*Vestido* de terciopelo gris, adornado con raso y pasamanería azul.

Falda lisa montada á tablas anchas por detrás y á pliegues pequeños por delante.

Cuerpo alto, liso, de peto abierto como el de un chaleco y guarnecidos los bordes por delante y al rededor de un ribete de raso azul, de cuyo color son los botones de pasamanería que le cierran por delante.

Manga pagoda, sin pliegues en el hombro ni en la sangría, forrada de raso azul con un rizado de este color al borde; este por la parte de la costura vuelve sobre la manga, figurando con el forro una ancha vuelta, completando la manga con una *hombreira* de pasamanería azul terminada con fleco y borlas.

Cuello de encaje y *mangas* interiores muy anchas con entredoses al bies y puños vueltos, tambien de encaje.

Sombrero de terciopelo azul y tul blanco, adornado de escarapelas del mismo terciopelo y blonda negra. El ala de tul blanco, avanza un poco levantada sobre la frente y está terminada al canto por un ribete de terciopelo: un rizado á tablas, de terciopelo tambien, cubre la mitad del fondo que se continúa liso hasta la copa, que es de tul blanco, y el bavolet de terciopelo. Cinco escarapelas adornan alrededor el sombrero, que lleva por la parte interior un rizado blanco, con bandó de seda negra, sobre el que van otras tres escarapelas pequeñas, y cintas, para sujetarle, azules con una puntilla blanca á los bordes.

TEATRO PRINCIPAL.

LA FAVORITA.

Cantóse esta bella, aunque no sostenida produccion de Donizetti, no con tan buen éxito como era de suponer con la numerosa compañía con que cuenta la Empresa. Al saber que se estudiaba, creimos que la señora Julienne, y los Sres. Grazziani y Violetti tomarian parte en su desempeño; pero al ver que ninguno de estos artistas lo hacia ya creimos que se resintiria de ello el conjunto.

La señora Lemaire cantó la parte de la protagonista, pero no es de su *tesitura*, y á pesar de sus esfuerzos no pudo satisfacer los deseos del público.

El señor Neri-Baraldi nada dejó que desear en el primer acto y cantó con buen colorido y sentimiento la *romanza*.

En el final del tercer acto se resintió del poco volumen de su voz y hubieramos deseado en él mas espresion al arrojarse el collar y al romper la espada. En el duo final quiso ahuecar su voz y no produjo muy buen efecto.

El señor Fagotti muy bien en todo cuanto cantó, y fué aplaudido con justicia.

El señor Ruiz muy bien, en cuanto al estilo y representacion del personaje; pero se resintió de su voz poco agradable y sonora.

En resumen; algunas piezas sueltas muy bien cantadas; pero los finales se echó de ver el poco volumen de voz de todos los artistas y no satisficieron.

La orquesta y coros nada dejaron que desear.

MISCELANEA.

Datos curiosos.—Hé aquí algunos sobre el traje de las moras:

«Su vestido es muy bonito y atractivo: consiste en un peinado todo lleno de muchas trenzas que concluyen entre las sienes y la frente asidas con unas figuritas de plata en cada lado, como si fuera un clavo romano pequeño por detrás: todo lo demás del pelo lo dividen en dos grandes trenzas que dejan sueltas y colgando como las de las judías solteras. Después de esto muchas llevan hermosos turbantes; en el cuello un collar de coral ó otra cosa equivalente, y en su defecto, mucho ámbar, nácar, moneditas de oro y aun clavos de especia.

Usan camisas interiores como las de las mujeres de Europa, que llega un poco mas abajo de las rodillas; otra de grana, encarnada ó verde, que está abierta de arriba abajo por delante, y se la cierran cuando quieren con muchos botoncitos y bordados; otra por el mismo orden que la anterior, solo que es blanca, pero de una figura y transparencia que se distingue la encarnada; estas tres camisas se ajustan con una bella y rica faja de oro y seda, quedando un talle esbelto, con el vestido un poco mas abajo de la rodilla; como las dos mangas de las camisas exteriores son bastante anchas (pues la interior se la ciñen mucho para que nada se pueda ver del resto del cuerpo,) les ponen un cordón por entre las dos mangas que sale por encima del hombro y cuello, el cual lo ciñen con unas correderas que tienen: los brazos, cuello y cuerpo quedan descubiertos, formando una especie de pabellón; las puntas de estos cordones vienen después á concluir en hermosas chapetas ó pezoneras de plata, que se ponen en cada lado y por encima de los pechos.

Como los brazos quedan descubiertos, los adornan también con muchas pulseras ó brazaletes de plata labrada ó maciza, y desde las muñecas hasta los dedos se pintan con colores que parece que llevan guantes calados y bordados. También se pintan desde los tobillos hasta las uñas de los pies, lo mismo que las manos y lo demás de la pierna. Como no gastan medias, las adornan con grilletas de plata labrada, lo mismo que los brazos, y se calzan con chinelas bordadas ó zapato encarnado, que se ponen en chancleta. Como se sientan en el suelo con las piernas cruzadas, al menor descuido queda, por lo regular, descubierta toda la pierna: pero como es costumbre, no se forma la menor aprensión ni malicia entre gente de confianza, pues no siéndolo, de ninguna manera se puede ver á la mora.

Para salir á la calle se ligan unos pañuelos á las piernas como si fueran medias, y después se ponen un jaique, que es como una manta larga de lana blanca, en la que se envuelven desde la cabeza hasta los pies, de tal modo, que muchas veces ni aun los zapatos se distinguen, pareciendo entonces á unas fantasmas que pudieran compararse á un tesoro escondido ó á una diosa desfigurada, pues las moras son hermosas, blancas y encarnadas todas las que no salen al campo: es el verdadero tipo andaluz.

Ninguna mora ó judía se deja ver de un europeo, y mucho menos para servir de modelo al artista; sin embargo, hay ejemplos de alguno que otro pintor que ha conseguido tan señalado honor y confianza, no de las personas vulgares, sino hasta de las mismas mujeres é hijas del emperador de Marruecos.

Dice un periódico de Burgos. — Un librero de esta capital tenía expuesta en su escaparate la lámina que ha publicado la empresa de los «Episodios de la guerra de Africa» y que representa la batalla del 25 de noviembre en la que tomó una parte tan brillante la compañía del Regimiento de Alcántara. — Abrióse la puerta de la tienda y entró un paisano y con aire en tresatisfecho y compungido, dijo al dueño del establecimiento: «démeme Vd. esa lámina.» ¿Sabe Vd. su precio? replicóle el librero. — ¿Qué me importa el precio? exclamó nuestro hombre. Venga la estampa, que tengo un hijo en esta compañía y por sí ha muerto,

por tener su retrato de ese modo, vendería yo la camisa.» Obedeció el librero y mientras el aldeano sacaba de su bolsillo los 5 y medio reales que le pidieron, sin regatear un cuarto, vimos rodar una lágrima por sus arrugadas mejillas. — El pícaro «¿qué dirán?» le libró de que le diéramos un abrazo con toda nuestra alma.

Previsión.—Hemos visto una carta de uno de los soldados de nuestra provincia que está en Africa, dice el mismo, en la cual se encuentra el siguiente párrafo: «Reza á la Virgen Santísima por nosotros para que nos ampare y nos defienda. Se está preparando una muy gorda. Harémos una de moros que ni cuando acias tu morcillas. — Hay te mando una olea negra porque si muero me puedas escribir de luto.» Este sin duda debe haber creído que el cable submarino ha de servir para comunicar este mundo con el otro, siendo conductor de las cartas que lleven olea negra.

Conservatorio-lírico dramático.—En la noche del martes 17 tuvo lugar la funcionquincenal de esta sociedad. Representose una pieza en un acto original de don Manuel Angelon en la que la señorita D.^a Marta Vives, á pesar de la natural timidez que es consiguiente en una señorita que por primera vez se presenta á la escena, hizo gala de profundos conocimientos en el arte dramático; distinguieronse también en la representacion los Sres. Villahermosa, Pons, Sans, Urgell y Casañer.

La seccion de canto puso en escena las piezas siguientes: Introduccion de *I Puritani*, cuya cavatina cantó con su conocido gusto D. Adolfo de Gironella, quien junto con la Sra. D.^a Laura Llansó y los Sres. Vidal y Reguer, cantaron en seguida con mucho ajuste el cuarteto de la misma ópera. El Sr. Reguer cantó también con aplomo la romanza de Silva en el *Hernani*, la que fué seguida de la cavatina de soprano de la misma ópera, que ejecutó con precisión y gracia la Sta. Llansó. Esta dijo después la romanza del tercer acto de *I Puritani*, y luego el duo de la misma ópera con el Sr. Vidal, espresándolo ambos con espresion y con sentimiento.

En un intermedio D. Antonio Altadill leyó una composicion suya en prosa titulada: *El Carnaval de Madrid*; y don Adolfo Blanch y Cortada leyó una poesia original suya también con el titulo de *Via fora espanyols!* en la que abundan conceptos patrióticos. Alternó con ellos la Sra. D.^a Elvira Pomar, tocando una fantasía en el piano con limpieza y colorido.

Tanto los señores socios como los cantores, poetas y la pianista fueron oídos con gusto y saludados con generales aplausos por la numerosa y lucida concurrencia, que también les llamó á todos y á cada uno á su vez al procénio.

EL CAFE.

Se suscribe en Barcelona en la Imprenta de La Publicidad, bajada de la Cárcel, n. 6; y en las librerías de Manero, y Popular-económica, Rambla de santa Mónica; Ginesta, Jaime I.^o, y en las principales librerías del Reino. Redacción y Administración, en la misma imprenta.

PRECIOS.	En Barcelona.	En Provincias
Seis meses.	19 rs.	24 rs.
Tres meses.	10 rs.	15 rs.
Un mes.	4 rs.	

Por lo no firmado, NILO MARÍA FABRA, Secretario.

DIRECTOR. Y E. R. J. A. FERRER FERNANDEZ.

—Imp. de la Publicidad, de Antonio Flotats, bajada de la Cárcel, n. 6.